

“Te engendraré príncipe y desierto”, la maternidad en la poesía de Jacqueline Goldberg

“Te engendraré príncipe y desierto”, a maternidade na poesia de Jacqueline Goldberg

Cristina Dayana Gutiérrez Leal

Universidad Federal de Integración Latinoamericana

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4025-3320>

Resumen: La maternidad ha sido estudiada desde muchas áreas de conocimiento y en las últimas décadas, producto de la emergencia del feminismo como movimiento político y sus consecuencias epistemológicas, ha sido revisitada, llegando a conclusiones provisionarias como que en tanto institución que sustenta la sociedad occidental, la maternidad está atravesada por narrativas propias del sistema patriarcal, susceptibles de cuestionamientos. Considerando que los discursos hegemónicos, en tanto discursos de poder, tienden a excluir lo que podría desafiarlos y a ocultar las áreas donde se producen rupturas y fisuras, surge la pregunta de dónde y cómo encontrar un contradiscurso sobre lo materno. En este trabajo me propongo responder esta interrogante al analizar el tema de lo materno en la obra poética de Jacqueline Goldberg (1964), intentando comprobar la hipótesis fundamental de que su poesía pone en escena una maternidad a contrapelo, que devela la ambivalencia de ser madre, dejando al descubierto formas contrahegemónicas de nombrar esta experiencia. Los libros seleccionados como corpus literario de este breve artículo son *Luba* (1988), *Máscaras de familia* (1991), *El orden de las ramas* (2003) y *Verbos predadores* (2007). En el transcurso de las reflexiones surgidas a partir de los poemas citados, se convocarán algunas premisas teóricas de autores como Gina Saraceni, Sigmund Freud, Deleuze y Guattari, Adrienne Rich, Jacques Derrida, entre otros, para auxiliar el análisis literario.

Palabras clave: maternidad, poesía, Jacqueline Goldberg.

Resumo: A maternidade tem sido estudada a partir de muitas áreas do conhecimento e, nas últimas décadas, como resultado do surgimento do feminismo como movimento político e suas consequências epistemológicas, ela tem sido revisitada, chegando-se a conclusões provisórias como a de que, como instituição que sustenta a sociedade ocidental, a maternidade é atravessada por narrativas do sistema patriarcal, passíveis de questionamento. Considerando que os discursos hegemônicos, como discursos de poder, tendem a excluir o que poderia desafiá-los e a ocultar as áreas onde ocorrem rupturas e fissuras, surge a questão de onde e como encontrar um contra-discurso sobre a maternidade. Neste artigo, proponho responder a essa pergunta analisando o tema do materno na obra poética de Jacqueline Goldberg (1964), tentando testar a

hipótese fundamental de que sua poesia encena uma maternidade na contramão, que revela a ambivalência de ser mãe, expondo formas contra-hegemônicas de nomear essa experiência. Os livros selecionados como corpus literário deste breve artigo são *Luba* (1988), *Máscaras de família* (1991), *El orden de las ramas* (2003) e *Verbos predadores* (2007). No decorrer das reflexões oriundas dos poemas citados, algumas premissas teóricas de autores como Gina Saraceni, Sigmund Freud, Deleuze e Guattari, Adrienne Rich, Jacques Derrida, entre outros, serão acionadas para auxiliar a análise literária.

Palavras-chave: maternidade, poesia, Jacqueline Goldberg.

embarazo

De *embarazar*.

1. m. Impedimento, dificultad, obstáculo.

2. m. Estado en que se halla la mujer gestante.

DRAE

Diccionario de la Real Academia Española

Lo materno ha funcionado como uno de los discursos fundamentales que cimientan la sociedad occidental. Como consecuencia, las mujeres, históricamente, se han sometido a dictámenes y prácticas políticas rígidas, sin permitir desviaciones, excepciones o perspectivas alternativas. A menudo, el cuerpo femenino se configura como un espacio de control y regulación tanto de las emociones como de las relaciones de parentesco. La concepción de la maternidad está ampliamente influenciada por modelos y arquetipos preestablecidos, que pueden considerarse como protocolos naturalizados de la experiencia (Isava, 2021). Estos protocolos, aunque percibidos como naturales, responden en realidad a construcciones socioculturales hegemónicas que imponen patrones, limitando la identidad femenina a un ideal que necesariamente incluye la maternidad. Con la emergencia de los movimientos feministas, la experiencia de procrear, dar a luz y materner ha sido revisitada y cuestionada. Esto ha hecho evidente la necesidad de desarrollar nuevos enfoques epistemológicos, políticos y estéticos para pensar la maternidad.

Considerando que los discursos hegemónicos, en tanto discursos de poder, tienden a excluir lo que podría desafiarlos y a ocultar las áreas donde se producen rupturas y fisuras, surge la pregunta de dónde y cómo encontrar un contradiscurso sobre lo materno. Pienso junto a Florencia Garramuño sobre cierta noción de experiencia que es siempre mediada por el lenguaje, tal como se plantea en su libro *La*

experiencia opaca (2011). Esta idea permite entender la literatura como un espacio para maternidades alternativas, ofreciendo una visión que está en las antípodas de lo convencional y que problematiza las normas establecidas. En este sentido, el escritor Evando Nascimento, en *Clarice Lispector: una literatura pensante* (2012), desarrolla la idea de una escritura que ayuda "a pensar o impensado na história da literatura" (Nascimento, 2012, p.24), lo cual sirve de insumo teórico en un intento de reconocer proyectos estéticos cuya realización pone en cuestión las subjetividades individuales y colectivas establecidas, sirviendo de plataforma para nuevos filtros de relacionarse con la realidad, sobre todo en su vertiente política. Tales filtros demandan la apertura de los archivos de las grandes narrativas que sustentaron la modernidad en Occidente. En los últimos años, los estudios que registran las posibles maternidades contrahegemónicas en la literatura se han enfocado en la narrativa; por tanto, en este trabajo pretendo arrojar luz sobre este tema en la poesía, específicamente en la venezolana.

Como resultado de la revisión bibliográfica sobre poesía escrita por mujeres en los siglos XX y XXI sobre el tema de la maternidad en Venezuela, nos encontramos con diversas escritoras (María Auxiliadora Álvarez, Maritza Jiménez, Miyó Vestrini, entre otras) que han abordado la figura materna desde la incomodidad y el desajuste. En este estudio, daré prioridad al análisis de la maternidad específicamente en la obra poética de Jacqueline Goldberg (1964), poeta y editora venezolana de origen judío, que resuena como una de las voces más importantes de la literatura venezolana contemporánea; es autora de más de treinta libros sobre todo de poesía, pero también cuenta con narrativa, ensayo, testimonio y literatura infantil. Parte de su producción está compilada en antologías digitales e impresas, tales como *El libro de lo salvado* (2020), *Ruido de clavículas* (2019), *Una sal donde estoy de pie* (2011) y *Verbos predadores* (2007). Autora de las novelas *Destrucción, ten piedad* (2021) y *Las horas claras* (2013) y de las obras autobiográficas *Ochenta días en Iowa* (2021) y *El cuarto de los temblores* (2018). También publicó libros infantiles, entre los cuales está *Pitchipoï* (2019) que resultó ganador del Premio Fundación Cuatro Gatos 2020 y del Premio Los Mejores Libros 2020, otorgado por el Banco del Libro en Venezuela.

Así, me propongo analizar, a través de un recorrido parcial de su obra, cómo su propuesta de escritura quiebra ciertas convenciones existentes en torno al hecho materno mediante

la puesta en escena de protocolos alternativos de la experiencia. Es decir, nuevas estructuras de comprensión de los espacios en los que la experiencia parece enunciarse de forma inédita, extraña y diferente (Isava, 2021), y que muestran otras formas de ser madre. Los libros seleccionados como corpus literario de este breve artículo son *Luba* (1988), *Máscaras de familia* (1991), *El orden de las ramas* (2003) y *Verbos predadores* (2007). En el transcurso de las reflexiones surgidas a partir de los poemas citados, se convocarán algunas premisas teóricas de autores como Gina Saraceni, Sigmund Freud, Deleuze y Guattari, Adrienne Rich, Jacques Derrida, entre otros, para auxiliar el análisis literario.

“Sombra, muerte, hijo al fin”: la maternidad como pérdida

Es *Luba* (1988/2007) el primer momento de la poesía de Goldberg donde aparece la maternidad y se introduce atravesada precisamente por la noción de herencia. El hecho hereditario funda una consciencia de genealogía que, a pesar de las dificultades que implica asumir un legado, da cuenta de los modos de pertenencia e identidad: “habría que pensar la vida a partir de la herencia, y no a la inversa” (Derrida, 2003, p. 6), afirma Jacques Derrida en *Escoger la herencia* (2003). Entonces, la experiencia materna en tanto parte de un proceso genealógico que configura las estirpes y los linajes, debe ser necesariamente analizada a través de los legados que se transmiten y que son pieza importante en la tradición misma en torno a la maternidad.

El primer poema de *Luba* enuncia: “Tomo su herencia/ de edades en quiebra/ los oficios tristes del abandono/ sus muertos” (Goldberg, 2007, 343). Acá la maternidad no se nombra directamente, sino de manera lateral, casi secreta. Es un mensaje sugerente que anuncia esos “tristes oficios del abandono”, que no serán asumidos en los próximos libros de Goldberg como una herencia naturalmente recibida, sino una forma de aceptar un vientre encinta. Recibir una herencia simbólica, según Gina Saraceni, “exige hacerse cargo de lo que en ella hace ruido: esa zona defectuosa donde el patrimonio se resiste a la inversión y pide ser intervenido e interferido” (Saraceni, 2012, p. 13). El yo poético de *Luba*, la nieta, es quien enfrenta esa zona opaca de la herencia para escudriñar la carga en la memoria de sus antepasados y extrae de ella lo que suena mal, el quiebre, el abandono, los muertos; es decir, esos espacios donde la estirpe muestra sus deslaves. Entonces, en este poemario se muestran los primeros eslabones de cierta poética de la genealogía que, en este caso,

consiste en representar a la abuela-madre fundadora de una estirpe cargada de diásporas. Una madre venida desde el otro lado del Atlántico para empezar otra vida y que instituye una familia signada por la ruptura, la pérdida de pertenencia lingüística y geográfica, el duelo. En estos textos, Luba, la abuela judía, es la figura matriarcal que, lejos de garantizar la fábula de abnegación y sacrificios, deja caer sobre la genealogía todo su escozor.

Ahora bien, los legados que se reciben, asumen y/o subvierten a través de *Luba*, son transmitidos por el yo poético-madre al hijo por venir en el libro *Máscaras de familia* (1991/2007) en el que se pueden leer versos como: "heredarás mi soledad" (Goldberg, 2007, p. 266) "Te guardaré/ mis ropajes de infancia/ el olor a muerto/ de aquella felicidad" (Goldberg, 2007, p. 279). En estos poemas la madre, que había heredado "los oficios tristes del abandono", engendra un heredero triste, con un patrimonio deficitario: "te engendraré príncipe y desierto/ señor de poderosas tristezas" (Goldberg, 2007, p. 268), heredero de las mismas faltas asumidas en *Luba*. Esta herencia se torna desvalida en el momento en que la madre declara al futuro hijo una verdad extrema, que problematiza las convenciones existentes sobre la maternidad como promesa de continuidad de una estirpe.

En el mundo que la madre promete al hijo no hay esperanza: "Mis costras quiebran tu futuro" (Goldberg, 2007, p. 268): "Serás desamparo/ golpe sostenido/ entre las piernas/ (...) olor a fango" (Goldberg, 2007, p.280); "Podría sentenciarte/ a charco eterno" (Goldberg, 2007, p. 292). Estas sentencias hacen pensar en un hijo a quien le vendría bien no nacer, no enfrentarse con la vida a medias, con lo terrible, y sobre todo para evitar el encuentro con la madre que espera su nacimiento como una condena, que le advierte "el mundo/ hijo mío/no espera/ lleva su propia muerte/ acorralada" (Goldberg, 2007, p. 281).

Máscaras de familia representa la expresión poética de una suposición, la llegada de un hijo, un quiebre y un cambio inminente. La voz poética se imagina como madre antes de serlo, sin embargo, a diferencia de las convenciones existentes sobre la felicidad y el deseo de quienes están por dar a luz, aquí se presenta una mirada sospechosa sobre el "alumbramiento" y sus consecuencias, debido a cómo compromete la libertad del individuo y afecta su cuerpo: "Vendrás/ a clavarme/ tu sangre mía/ a someterme" (Goldberg, 2007, p. 269). La tragedia se vislumbra desde la genealogía. La sangre de su hijo, su propia sangre, es precisamente la

molestia, lo que penetra. La madre se ve amenazada por su propia sangre: la expone a la pérdida de algo que solo la escritura puede compensar. Es la escritura como una posible vía para dejar de ser madre o serlo de una manera diferente. Entonces, esta manera de aguardar la llegada del hijo por nacer altera el curso de lo conocido, de la habitual plenitud que una mujer embarazada "debería" sentir. La madre emprende un viaje lleno de dolores y angustias que persisten a lo largo del poema. Lo que prevalece es la crítica y el descontento. El texto no refleja la esperanza y el fervor emocional de las madres por sus hijos; en su lugar, muestra las preocupaciones, las tristezas y la inquietud. No hay dolor que se alivie y disminuya con el nacimiento del bebé, sino que su llegada confirma que su presencia en la vida cotidiana de la madre genera ansiedad, reproche y lamentación. No hay ninguna semejanza con lo que comúnmente se asocia con una madre esperando a su hijo.

Estos primeros descubrimientos de una maternidad a contrapelo tal vez podrían leerse a la luz de lo que Freud llamó lo "ominoso" es decir, "lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado." (Freud, 1919, p. 4), lo extraño, lo infamiliar, pues se trata de una forma de experimentar la maternidad desde sus zonas grises, de poner en escena la subjetividad compleja que resulta del embarazo y que, en el juzgado de una sociedad conservadora serían adejtivadas como negativas y perversas.

En Goldberg, la voz que asume el rol de madre utiliza la poesía como herramienta para desafiar este estado, mostrando cómo el poema se convierte en una forma de cuestionar las normas culturales y las convenciones que dictan el comportamiento maternal, retratándolo como un enfrentamiento: "Tu lengua/ será mortaja/ iré quemándome en ella" (Goldberg, 2007, 270); "No insinúo derrotas/ no te culpo de amargar/ mis prisas de amante" (Goldberg, 2007, p. 296). El riesgo es asumir la afectividad desde una trinchera separada, desrostrificada (Deleuze; Guattari, 1997), indescriptible. El sentimiento materno convencional, aquel arraigado en el mundo interpretado que culpa a la madre ante cualquier "desorden" o anomalía en el hijo, se ve desbordado en una poesía que busca desenterrar lo que permanece oculto en la experiencia. Esta otra faceta de la maternidad desafía el orden impuesto por la biopolítica en la vida de los individuos, que busca controlar su afectividad y emociones para asegurar la regulación social. La representación de la madre como un monstruo que propone Goldberg se relaciona, en cierto

sentido, con la noción de lo monstruoso que Georges Canguilhem sostiene en "La monstruosidad y lo monstruoso": "La existencia de monstruos cuestiona la capacidad de la vida para enseñarnos el orden" (Canguilhem, 1962, p. 33).

A diferencia de la larga tradición poética latinoamericana que propone una versión sublime de la maternidad, Goldberg la plantea como una experiencia de la pérdida:

Querré perderme
cuando gimas en mi carne

querré llamarte
sombra
muerte

hijo al fin
(Goldberg, 2007, p. 282)

La muerte es inherente al hijo engendrado, el cuerpo materno no es leído según el lugar común de "dar vida", sino que funciona transversalmente como recinto de oscuridad; al igual que la lengua cuando busca nombrarlo y solo encuentra un hijo "sombra/muerte" y entonces ensombrece sus códigos. La poética de la maternidad deriva entonces hacia sus zonas más inexpresables, siniestras y ocultas. En Goldberg, el monstruo está en la madre.

El hecho de ver al hijo como una experiencia relacionada con la muerte nos lleva a reflexionar sobre las ideas que las teorías feministas han planteado sobre la maternidad. Según Lorena Saletti Cuesta en su estudio "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad" (2008), se argumenta que el concepto de "instinto materno", que es cuestionado en la poesía de Goldberg, es una construcción cultural y social generada por el sistema patriarcal, que ha creado un discurso para controlar y validar el "amor materno". Simone de Beauvoir fue una de las primeras pensadoras en proponer la deconstrucción del concepto de maternidad, ya que lo veía como una forma de anular el cuerpo femenino. Por lo tanto, estas primeras interpretaciones feministas de la maternidad surgen como una resistencia y rechazo a la dominación patriarcal, que relega a la mujer al papel de reproductora.

Ser madre es pues visto como una forma de subordinación que hace de la mujer un ente subalterno valorado apenas a través del acto reproductivo para el cual, supuestamente, está culturalmente asignada. En Goldberg, la promesa idílica que

implica el embarazo es destituida y muestra, al contrario, la lesión íntima que a veces puede significar ser madre:

Tu madre
será mujer muy sola
de esas que leen
y gritan
para no morir

Andará por la casa
palpándose
aprendiendo poco a poco
que su cuerpo
no resistirá más goces
que sus senos deberán hincharse
a la hora del descanso

que se acabó la vida
(Goldberg, 2007, 294)

La contingencia cotidiana y la casa -espacio asociado al hogar como nido, como amparo del proyecto familiar, a las máscaras de familia- se convierten en escenario de una catástrofe para la mujer que al dar vida a otro ser, pierde la suya. En palabras de Hanni Ossott se trata de un "ejercitarse en la decepción" (2008, p. 831), de una vida que se sustrae a sí misma, que es déficit y muestra un devenir muerte que la palabra poética declara: "que acabó la vida". Esta maternidad asociada a la muerte una vez más revoca la intención de pensarla en comunión con la idea de trascendencia humana, continuación de la vida, posteridad asegurada. Al contrario, en la poesía de Jacqueline Goldberg el vientre materno deviene muerte.

En el poema anterior, la rutina diaria de la madre no se presenta como una glorificación de la lactancia. Más bien, se trata de un registro de los momentos en los que la mujer enfrenta los límites de su propio cuerpo y reconoce que su única salvación radica en la palabra, la cual se convierte en su única excusa "para no morir". Por lo tanto, el orden establecido, esa manera convencional de entender la realidad, también es desafiado por lo que Bataille, en su obra *La literatura y el mal* (1957), describe como "una voluntad decidida de romper con el mundo, para abarcar más plenamente la vida y descubrir en la creación artística lo que la realidad rechaza" (2000, p. 39). En *Máscaras de familia*, aquello que el orden trata de mantener oculto es llevado del ámbito íntimo y privado al ámbito colectivo y público mediante la

poesía, y se expone ante el lector, lo cual desestabiliza las convenciones establecidas en torno a la maternidad.

La poesía es el lugar de la resistencia a la forma común de ser madre. Un modo de intervenir los modos consensuados de la experiencia y proponer otros. En *Máscaras de familia*, Goldberg “desenmascara” tales modos para descubrir y mostrar el lado oscuro de esas instituciones normativas de la vida y del deseo que son el soporte de la vida social. En este sentido, pensándolo con Jacques Rancière en *Sobre políticas estéticas* (2005), la poesía también es una política en tanto produce desacuerdos sobre la división de lo sensible y deja en evidencia distintas formas de asumir la maternidad y los lazos de familia.

Vemos entonces que es *Máscaras de familia* (1991/2007) el libro más elocuente respecto a la experiencia materna como un estado de carencia, angustia e insatisfacción. Harry Almela observa de este libro que: “Ya desde el título asistimos a la desacralización de la maternidad, a la puesta en duda de esa instancia como realización del ideal femenino” (Almela, p. 2007, 427). Se manifiestan más explícitamente los síntomas de una postura descolocada respecto del rol maternal y se anuncia la excentricidad con que éste es abordado.

“La laboriosidad materna”: esa maternidad en curso

Después de *Máscaras de familia*, las escenas de maternidad siguen apareciendo en la obra de Goldberg mediante otros modos y registros. En *El Orden de las ramas* (2003), poemario escrito en forma de diálogos, la puesta en escena de una maternidad estridente aparece:

- Constató el deterioro. No hay lugar que retribuya la lágrima. Aquí quiere decir aquí. No umbral ni retorcida salida
- Por eso los nombres mal puestos, los alegatos contra la templanza, el párpado llovido. Por eso mi garganta curtida de hijos (Goldberg, 2007, p. 115)

Lo que se afirma en el poema es la certeza del dolor, no hay salida sino constatación de lo “real” en su dimensión más definitiva: la maternidad como amenaza para la voz poética. La garganta, lugar de las cuerdas vocales, está curtida de hijos. Los hijos curten el lugar donde la voz nace. Donde la poesía se gesta. Por primera vez aparece la figura del hijo dicha en plural, es decir, que la madre no sufre a un hijo sino a los hijos, y son precisamente ellos los síntomas de su malestar y sus lágrimas. Una vez más la descendencia en Goldberg está relacionada al

defecto y la infelicidad. La experiencia de ser madre no retribuye “el deterioro”, al contrario, lo produce.

En otro poema, se enuncia directamente la idea de la maternidad como fatiga, esfuerzo: “Me asquea el ruido de la laboriosidad materna” (Goldberg, 2007, p.123). La madre “escucha” su maternidad. La forma de “resonar” que tiene la maternidad en este poema apunta hacia zonas donde la experiencia hace “ruido”, es ilegible: chilla, desentona. En Goldberg, la “laboriosidad materna” no es virtud de mujer ágil y productiva, de “buena madre”, sino asco y rechazo de repetidas rutinas. La imagen de esta maternidad abre el sentido hacia significaciones inéditas fuera de orden de la significación “naturalizada” que encuentran asidero en la palabra poética.

De vuelta a las teorías feministas acerca de la maternidad, nos encontramos con las postulaciones de Adrienne Rich quien rescata “la importancia de la ambivalencia en la experiencia de la maternidad, ambivalencia hacia hijo e hija que generan en la mujer sentimientos encontrados y opuestos” (Rich, 2008, p. 178). La madre de *El orden de las ramas* podría pensarse a través de esta premisa en tanto pone en escena los sentimientos “opuestos” que la maternidad produce, en el sujeto poético desenmascarando el discurso hegemónico de “amor de madre” que no permite la intromisión de emociones contrarias que arriesguen el “instinto maternal”; y que tilda de “malas madres” a todas aquellas que no siguen el protocolo esperado por la sociedad.

Ese “ruido” materno llega hasta *Verbos predadores* (2007), donde alcanza la madurez de un lenguaje que deslustra de la brevedad y se vuelve casi narrativo como queriendo recrear las escenas donde el hijo hace presencia. Aparece como aquello que produce en la madre la necesidad de una explicación sobre la falta, sobre lo que en la vida falta:

El hijo regresará de un viaje por las marismas del sur.
Debo decirle que su tortuga ha muerto

Juro que cambié a diario el agua,
ofrecí lechuga y relumbrones de mis horas de fiebre.

Incluso hablé al solitario reptil
sobre la incapacidad humana de aferrarse a los equinoccios.

Produje olas en su mínima ensenada,
zambullí guijarros y soldados de plástico,
para que no extrañara el alboroto de las tres de la tarde.

Vano intento: la tortuga amaneció azotada.

Tardé pensando su dilución
-en mi infancia sepulté pájaros y perros,
aún me duele pisar su ausencia.

Cómo explicar al hijo recién venido de los caudales
que la muerte es un músculo ejercido sin utensilios.

En secreto agradezco que el animal haya claudicado,
no sirvo para guardián de otro porvenir.
Nunca soporté su quietud, su albedrío mentiroso,
su coraje para durar
en la oscura artillería doméstica (Goldberg, 2007, p. 36).

Se habla del hijo en una distante tercera persona; no es el "hijo mío" de *Máscaras de familia*. Esta vez el lenguaje trasciende lo personal para nombrar al hijo convertido en la metonimia de un proceso donde la madre es toda responsabilidades y se hace imperiosa la necesidad de abastecerse de respuestas: "Cómo explicar al hijo que ni en casa/ estamos a salvo del clamor vengativo del cielo" (Goldberg, 2007, p.35); "Cómo explicar al hijo recién venido de los caudales/ que la muerte es un músculo ejercido sin utensilios" (Goldberg, 2007, p.36). A diferencia de los poemarios anteriores, aquí no aparece la madre amenazada por el hijo en su condición de mujer y poeta, sino que ésta reconoce la imposibilidad de entregar a su hijo otra herencia diferente a la de la desesperanza, desconfianza y la pérdida.

En este poema el hijo no es la anulación de la vida sino el lugar donde se manifiesta la impotencia de la madre al otorgarle un credo con el que pueda enfrentar la vida. La única herencia es la que no puede "explicar", no puede reparar el daño que la vida causa. La muerte es presentada ante el hijo como un axioma universal que contamina todo, una realidad a la que debe enfrentarse y para la cual la madre intenta prepararlo ahora con un dejo de nostalgia y paciencia obligada.

En el poema "Jardín botánico" se describe una escena familiar donde la madre es el cristal por donde el hijo observa el mundo:

Muestro al hijo semillas hincadas en el musgo.
Señalo una palmera,
la flor que renacerá en sesenta años.
Él pregunta por las ramas del árbol invisible,
persigue dinosaurios,

remienda el carruaje de un fantasma.

Sigo los pretilos de mi angustia.

“Mira las aves de rapiña,
No tan lejos de la belleza”, digo.

“Mira la quietud de los troncos,
Manos condescendientes”, digo.

Demasiados ángulos para un mismo blindaje.

Sentencio “he ahí un jabillo, una bromelia”.
Nombre también destrozos, para no engañar.

El hijo entiende, crepita en otro rubor.
Su mañana no es la mía. No es pálida. No es efímera.
Su mañana no cabe en mi reposo

Lo conduzco para comparar nuestros océanos
Ser tiempo viudo, idéntica admiración.
(Ibíd, p. 37)

El tono con que es enunciado el poema da cuenta de una madre habitada por el desencuentro con los mandamientos de la cultura. Esta escena transcurre en un espacio natural, de ocio y esparcimiento, propicio para una escena de enseñanza y aprendizaje: el jardín botánico. Aquí una madre le explica al hijo la nomenclatura de la naturaleza, él pregunta y ella le aclara sus dudas, además señala y le da nombre a los árboles que su hijo ve quizás por primera vez. Lo ayuda con su mirada, lo atraviesa a través de ella, le hace ver lo que ella ve: nombra los destrozos. Acude a imágenes de aves de rapiña, de las más monstruosas del reino animal, para nombrar la terrible belleza del mal y su inexorable existencia. Al final del poema la escena se vuelve más dolorosa cuando la voz poética-madre admite que: “Su mañana no es la mía. No es pálida. No es efímera/ Su mañana no cabe en mi reposo” (Goldberg, 2007, p.37). Madre e hijo conviven, comparten lugares físicos; pero los espacios donde el ser se siente “en casa”, ahí donde las filiaciones y apegos son posibles, están llenos de desigualdad. El reposo, el descanso, la paz de la madre no están cerca de la inocencia e ingenuidad de la mirada del hijo que no ve ni presente la ruina, la fisura que atraviesa todas las cosas y que ella le señala. Este poema muestra otro modo de ser madre respecto de las formas analizadas hasta ahora. Lo que aparece aquí es una disposición menos ominosa ante la inmanente presencia del

hijo. En este sentido, considero necesario revisar una de las premisas teóricas contemporáneas más sólidas con respecto a la maternidad. Me refiero a las ideas de Julia Kristeva, quien además de sus concepciones acerca del carácter semiótico de la maternidad, afirma que “las madres pueden ser genios, no sólo del amor, del tacto, de la abnegación, de la resistencia (...) sino también de una cierta manera de vivir la vida del espíritu” (Kristeva, 2000, p. 14).

Según esta perspectiva, la maternidad podría ser vista como una forma particular de sensibilidad - “La madre es una claridad anterior” (Goldberg, 2007, p. 38)- no como negación del instinto materno convencional, sino como una posible construcción de tal instinto ligado también a una experiencia espiritual que acerca la mujer-madre a un conocimiento diferente de la realidad y las emociones, a un modo de estar en el mundo que produce experiencias no siempre explicables a través de las convenciones del orden del discurso.

Sin embargo, ante estas escenas del poemario donde la maternidad aparece como una enseñanza sin credo, una explicación sin ejemplos, al final del libro vuelve a aparecer el defecto, el ruido que esta experiencia causa en el yo poético: “La maternidad ha ensalivado unas pocas horas. / De ahí que me vigile (...) / en asqueante estado de desgracia” (Goldberg, 2007, p. 61). Ya no se habla del rechazo de la maternidad, la operación es a la inversa al ser ésta quien acecha, vigila a la madre, ahí, en ese espacio de la vida donde, según Gabriel Giorgi, “viene a exceder los límites del sujeto individual, a arrancarlo del campo de la experiencia, (...) a tensar violentamente su lenguaje” (Giorgi, 2007, p. 9).

Entonces, ahí donde los límites de la vida se “exceden”, el lenguaje se tensa. Nos preguntamos, nuevamente con Giorgi, “¿las palabras frente a la singularidad son el vehículo de su emergencia, su línea de constitución”? (Giorgi, 2007, p. 24). Sospecho que ese “otro modo” de sentir la maternidad, un modo desestabilizador de las políticas de lo mismo encuentra casa, precisamente en la lengua poética. En Goldberg, la maternidad está ligada a la escritura, la escritura como otro modo de tener hijos y de ser madre, y también de dejar de serlo. En el último poema de uno de sus más recientes libros, *Postales negras*, se lee esta sentencia: “Más hijos no habrá (...)/ Si acaso el fin de la escritura” (Goldberg, 2011, p. 85). Rancière advierte que “la obra da testimonio del mundo no reconciliado” (Rancière, 2005, p. 30). La obra de Jacqueline Goldberg habla desde ese “mundo no reconciliado” donde la maternidad es una experiencia vivida y escrita a

contracorriente de los protocolos naturalizados existentes en la sociedad, que se pone en evidencia a través del lenguaje poético.

Hago énfasis en que esta maternidad excéntrica encuentra lugar en la palabra y se sirve de distintas formas estéticas para deconstruir la figura de “buena madre” (virgen María, madre abnegada, tierna, que no se queja, que no reprocha, que obedece), para descolocar el sentido a través de madres Medea que ya no pueden ser vistas bajo el estigma de “malas madres”, pues si la maternidad es una experiencia inherente a la vida, también puede consistir en un malestar que compromete el cuerpo y la mente, el afecto y el deseo. Quizás esta poesía quiere subvertir las opiniones consensuadas y hacer visible, ahí donde el poder dictamina protocolos, una sensibilidad materna asumida sin máscaras ni medias tintas. Y es que “La poesía es el lugar donde los límites se abren, donde la lengua se excede y se confunde para mostrar “la parte maldita” del ser” (Saraceni, 2012, p. 136).

Para poder enunciar estas otras sensibilidades es necesario entonces “pensar con la pluma”, lo cual “implica una manera alternativa de pensar, un otro del pensamiento” (Isava, 2012:8): eso que la literatura asume en su culpa, en su renovación estética, en los instrumentos que le da al ser para (re)interpretar el mundo. Así, la obra de Goldberg nombra la maternidad desde una posición excéntrica, en los bordes de la regulación y el orden, pues inaugura y consolida en la poesía venezolana una forma inédita y políticamente provocadora de concebir el hecho materno.

Referencias bibliográficas

ÁLVAREZ, María Auxiliadora. *Ca(z)a/Cuerpo*. Caracas: Fundarte, 1993.

BAKHTIN, Mikhail. *Marxismo e filosofia da linguagem*. 7 ed. São Paulo: Hucitec, 1995.

GARRAMUÑO, Florencia. *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: F.C.E, 2011.

GOLBERG, Jacqueline. *Verbos Predadores*. Poesía reunida 2006/1986. Caracas: Equinoccio, 2007.

_____. *Postales negras*. San Fernando de Apure: Sociedad de los amigos del santo sepulcro, 2011.

ISAVA, Luis Miguel. *De las prolongaciones de lo humano: reflexiones en torno a la experiencia y sus inherentes protocolos*. Valencia: Pre-texto, 2021.

KRISTEVA, Julia. *El genio femenino*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2000.

_____. *Sol negro, melancolía y depresión*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1997.

MIRANDA, Julio. *Poesía en el espejo*. Estudio y antología de la nueva lírica femenina venezolana (1970-1994). Caracas: Fundarte, 1995.

NASCIMENTO, Evandro. *Clarice Lispector: uma literatura pensante*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2012.

SARACENI, Gina. *Casa de pisar duro*. Caracas: Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, 2011.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 1997.

DERRIDA, Jacques. *Los espectros de Marx*. Madrid: Editorial Trotta, 1998.

_____ (2003) Escoger su herencia. Diálogo con Elisabeth Roudinesco. In: *Y mañana qué...* Buenos Aires: F.C.E, 2004.

FREUD, Sigmund. *Lo siniestro*. Librodot, 1919. Versión digital. Disponible en: <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-23-Freud.LoSiniestro.pdf>. Consultado en: enero, 2024.

SALETTI, Lorena (2008) *Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad*. Clepsydra. Revista de Estudios de Género y Teoría Feminista Núm. 7 Pág. 169-184, wnero 2008, Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/metricas/documentos/ARTREV/2884595>. Consultado en: enero, 2024.

OSSOTT, Hanny. *Obras Completas*. Caracas: Bid&Co Editores, 2008.

TARDUCCI, Mónica. *Maternidades del siglo XXI*. Buena Madre. Deborah Daich. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2008.

SARACENI, Gina *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua y memoria*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 2008.

_____. *La soberanía del defecto. Legado y pertenencia en la literatura latinoamericana contemporánea*. Caracas: Editorial Equinoccio, 2012.